Nova et vetera

Alumnos del Colegio Mayor de Nuestra Señora del Rosario,

Cátedra incansable y fidelísima de Tomismo en Colombia e institución alta y verdaderamente católica en América.

Celebramos con vivo entusiasmo la reunión habida en Bogotá, del Tercer Congreso de la Confederación Iberoamericana de Estudiantes Católicos y de la Asamblea de Pax Romana;

Saludamos a todos sus dignos representantes nacionales y extranjeros;

Felicitamos de corazón a sus nobles impulsadores y colaboradores;

Y en espera quedamos de los amplios frutos de verdad y bendición que de sus deliberaciones han de brotar para nuestro angustiado continente.

REVISTA DEL COLEGIO MAYOR DE NTRA. SRA. DEL ROSARIO

La responsabilidad de los artículos pertenece al autor.

Tarifa reducida en el servicio postal interior. Lic. Nº. 118.

RECTOR: D. D. J. V. CASTRO SILVA

REDACCION: EDUARDO CARRANZA - ADMINISTRACION: A. DELGADO PLAZA

Volumen XXXVI — Bogotá, Junio y Julio de 1941. — Nos. 351 y 352

LA PALABRA

Respuesta al discurso de recepción de don Manuel A. Bonilla en la Academia de la Lengua.

Cuando el señor Bonilla me hizo la merced de escogerme para que correspondiese al discurso inaugural de su plaza académica, se me representaron, desde luego, las juntas solemnes que las antiguas y legendarias órdenes caballerescas disponían para acoger a los claros varones llamados a reanudar los empeños que la muerte había dejado quebrados e inconclusos. Eran, sin duda, merecedores de singular homenaje los que iban a ilustrar con el brillo de su nombre, con la fama de sus proezas y con el aporte de sus obras la corporación a que ingresaban.

Imagen halagüeña fue ésta que apenas llegó a mostrárseme, porque entendí cuán poco se proporcionaba al trance en que la benevolencia del nuevo académico me había puesto.

Y la desproporción apareció al reparar en que allá debían correr parejas con los méritos y hazañas del recipiendario, los del que celebraba su instalación y advenimiento. Mas, en este caso, nada ha de seros tan notorio y palpable como la distancia entre la múltiple y profunda y reconocida versación del señor Bonilla, y los ensayos balbucientes del

Universidad del Rosario | Archivo Histórico

que os habla, tan rico en intenciones y propósitos de aprovechar la pericia de los maestros que han sido, son y serán honor y prez de esta Academia, como escaso de obras que atestigüen su adelantamiento.

He dicho "maestros", y hago pausa en este nombre porque veo cuán ajustadamente le compete al académico que hoy viene a ocupar en esta docta asamblea un puesto para el cual lo tenía elegido desde hace muchos años el sufragio interior —y tan sincero como interior— de todos los que han puesto su estudio en la limpieza, estabilidad y resplandor de la lengua y de la palabra que son nuéstras.

Nunca ha sido entre ellos ni desconocido ni ignorado el nombre del señor Bonilla. Para el que habla siempre fue emblema de la amorosa diligencia y del celo constante que distinguen al humanista de verdad, que con el pensamiento ahincado en el indecible valor de la palabra atiende ora a aquilatar el léxico usual, ora a enrumbar las mentes de manera que atinen con el norte del sumo decoro literario, ora a perpetuar la memoria y el ejemplo de los máximos escritores. Todo lo cual, sobre todo cuando ha sido labor dominante en una vida, creo yo que debe identificarse con el genuino magisterio, que es tan heroico en la aparente humildad de sus ocupaciones, como incansable en la prosecución de los valores artísticos perdurables.

Muchos sentidos puede tener el nombre de maestro, y todos ellos son nobles; todos sugieren una participación en la potencia creadora; ninguno hay que, por ocultos caminos, no quede emparentado con el atributo príncipe que señaladamente quiso manifestar el que por ser "Luz del mundo" pudo reclamar para sí el título de "Unico Maestro".

A veces se denomina "maestro" al que con obras excelentes y con influjo gobernador ha merecido el lauro y galardón de la superioridad que no se impone por la fuerza, sino que es reconocida y acatada por cierta manera de justicia espontánea. Maestro es entonces una voz de aclamación, es un panegírico habitual que se condensa en tres sílabas gravemente sonoras, es un título que, a diferencia de otros que suelen barajarse en la feria de las vanidades humanas, no se sostiene ni se afirma sino cuando abundan y

perseveran las obras que lo justifican; es un nombre luminoso, que trasfigura la faz del que supo obedecer la vocación de los dispensadores de sabiduría; es un anticipo de inmortalidad, como la llama ondeante que surtió de los cabellos de Ascanio fue una advertencia de su genealogía celeste.

En tales condiciones no pueden ser llamados "maestros" sino aquellos varones de singular prestancia que supieron redimirse de los inevitables defectos de la mortalidad, a precio de un conato insomne hacia las altas cimas donde resplandece lo perfecto. Partieron ellos de las planicies comunes en que lo indiferente y lo mediano tienen su asiento, y otro día fueron vistos bregando por erguirse sobre las primeras estribaciones de la montaña, que para unos es arte, para otros poesía, para éstos ciencia y para aquéllos santidad. Todos anhelaban con un perenne "Excelsior" en los labios; perdíalos a veces de los ojos o de la memoria la multitud de abajo, y cuando otra vez aparecían, mirábalos más empinados y comprendía que en el espacio de ese eclipse habían logrado aventajar al mundo con una nueva refulgencia del color, con una no soñada expresión musical, con una insólita y fecunda aplicación de los viejos teoremas, con una palabra o idea, método o sistema, virtud o ritmo que ensanchaban los términos de la armonía humana; armonía más recóndita y más opulenta que la consonancia de las esferas en que se deleitaban los oídos helénicos.

"Maestro" es también un vocablo común que por allá en los siglos medios se aplicaba a los misteriosos arquitectos embebidos en el ideal de la piedra que canta, gime y ora, de los sillares ingentes que reniegan de su mole y pesadumbre para mudarse en flechas voladoras enderezadas a los cielos, en agujas delgadas que acaban rivalizando en sutileza con el aire, en encajes tan múltiples como los arabescos que hacen y deshacen las nubes. Misteriosos he llamado a estos artífices y constructores, y a fe que lo eran, porque de ordinario se olvidaban tánto de sí mismos, que ni aun de su nombre quedaba constancia en el castillo roquero que daba el postrimer toque de leyenda a la medrosa escotadura de una sierra, ni en la catedral, hierático centinela de burgos y ciudades. Poco, muy poco debía importarles a los

ARCHIVO MAYOR DE NTRA SRA DEL ROSARIO

maestros de que hablo que se protocolizaran sus nombres y apellidos en la memoria de las gentes, en los tumbos de pergamino, en los becerros capitulares o en las cartas plomadas de feudo y señorío. Maestros eran, y hacían más cuenta del imperio que sus pensares habían de tener en las generaciones por venir, que de su propio recuerdo onomástico en la mente de los eruditos. Maestros eran, y tenía que parecerles más envidiable que el honor de figurar en un catálogo de arquitectos, la gloria de haberle propuesto a la humanidad enigmas como ese del Angel carnutense, que desde una arista de la torre hace sentir el progresivo despojo del instinto en beneficio de la serenidad contemplativa, o como el de la otra figura que desde el pórtico meridional atalaya en secular expectativa la llanura, y aguarda... aguarda que se cumpla la cita y emplazamiento que ha de cumplirse allí con no sé qué grandeza o hermosura.

Y como estos "maestros", sumamente ajenos a sus propios intereses y fama, son los otros, también ávidos de obrar trasformaciones, mas no en los materiales inertes con que se labra el templo manufacto, sino en las facultades y potencias vivas cuyo ensamble y afinamiento contribuyen a formar el hombre cabal, tántas veces apellidado *templo* por la verdad divina. Escena altamente simbólica sería aquella en que se nos manifestase el arquitecto antiguo presidiendo la acumulación y distribución de cantos y pedrejones sin desbastar aún, pero ya cortados, pulidos y bruñidos en la mente del maestro de obras, ya encajadas por él en la estructura ideal que quizá tardará siglos en adquirir realidad tangible, ya dignificados por la semblanza racional que el maestro ve y acaricia en su mente creadora, y que todavía no ha sido emancipada de la tosquedad y rudeza lapídeas a golpes de cincel inteligente.

No de otra suerte verá en torno suyo el maestro de hombres la turba de discípulos, más diversos entre sí por las dotes y calidades del ánimo, de la índole y de la mente, que por las apariencias corporales. A veces, en los días malos, tentado de negra desconfianza, le parecerá que no caben allí las esperanzas y prometimientos de la cultura auténtica; pero muchas más veces se regocijará pensando en que los

breves destellos que logra arrancar a poder de la enseñanza, presagian una simiente crecedera cuyos frutos robustecerán el pro-común.

Maestro es el hombre bueno que ama lo que inculca, que cree apasionadamente en la verdad y en la bondad de lo que enseña, y que tiene confianza, allegada a certidumbre, en que sus discípulos u oyentes son capaces de recibir toda iluminación, de abrazarse con la rectitud que se les propone sabiamente, de ser, en suma, lo que decía el otro: escultores de su alma y señores de sí mismos.

De ahí, de esa doble confianza en lo que enseña y en el hombre a quien lo enseña, va a resultarnos eso que siempre ha sido calidad sobresaliente del maestro, quiero decir, el desasimiento que lo hace tan extraño y ajeno así al interés ganoso de fortuna como al sobresalto envidioso de que lo aventajen. Por este último aspecto —el otro no necesita comentario— bien podría decirse que es propio del maestro procurar que sus discípulos le sigan para que más seguramente le superen.

Y así creo entender que la vida entera del maestro oscila entre el ansia de ser comprendido y el anhelo de sobrevivirse, pero magnificado, en los adelantos advenideros de sus discípulos, oyentes y lectores. Por una parte es Buonarrotti que pretende hacer hablar la efigie marmórea, nacida de sus manos; por otra parte es Eóbano, el preceptor renacentista, que nunca dio lección con la cabeza cubierta, en homenaje, así decía, a los próceres del futuro que probablemente estaban escuchándole.

Al cabo de los años, el magisterio, por una u otra circunstancia, casi siempre porque la edad roba energías físicas y acendra conocimientos, el magisterio —digo— deja de ejercitarse en el recinto escolar y en beneficio de alumnos primerizos, a horas fijas y sobre asuntos determinados. Esta es la hora en que se hace sentir con mayor fuerza y acaso con frutos amplísimos la vocación del enseñante. La voz cede su imperio a la pluma; la regularidad diurna de las lecciones se trueca en vigilias estudiosas, prolongadas al azar del entusiasmo literario y coronadas por la recapitulación sublimadora de trabajos e investigaciones predilectos. Los

Universidad del Rosario | Archivo Histórico

discípulos ya no tienen número ni edad definidos, porque a dondequiera que puedan llegar el libro o la publicación volandera, llega también la influencia del maestro, se hace presente su personalidad, y sucede, en fin, que la reiterada mención de su nombre al pie de sazonadas disertaciones y de sesudos comentarios, o al comienzo de una obra de tomo, dilatada y copiosa, acaba por crear en la mente de los lectores, diseminados en ocasiones por toda una nación, una imagen y semejanza del autor, que podrá ser inexacta en los contornos y perfiles con que cada uno la especifica, pero que allá en el fondo está cimentada sobre el concepto unánime de "Maestro".

Por esos pasos llegué yo a conocer al señor Bonilla, que esta noche nos ha dado su primera lección académica. De lo que primeramente hice caudal fue de algunas notas críticas —quintaesencias gramaticales— sobre el lenguaje común y sobre los giros y locuciones de uso cotidiano. Aparecían de vez en cuando en papeles periódicos, y he de confesaros que leyéndolas con solícita curiosidad, admirando su concisión y mesura, no menos que lo oportuno y concluyente de las autoridades aducidas, pensé con rubor en lo mucho que ignoraba acerca de la estructura y valor elementales de estas palabras, modismos, tranquillos verbales y frases hechas que empleamos de continuo. Y pensé también, con envidia, en la muchedumbre de lecturas, cotejos, notas y acotaciones que se requerían para tener siempre a la mano los ejemplos conducentes al propósito de afianzar la doctrina y darle garantías a la crítica.

Habrá de seguro quienes desestimen este celo por purgar el idioma de las menudas corruptelas y de las escorias y lunares que lo afean y tal vez lo desvirtúan por obra del descuido y desmaña con que lo tratamos. No reparan los tales en que los escrúpulos lingüísticos y gramaticales deben tener una razón o fundamento de tánta solidez como importancia, visto que los más preciados entre los peritos y zahoríes del idioma le dieron parte tan conspicua a este oficio de tamizarlo y corregirlo. Ni Garcés se puso a la obra de restituirle al castellano su vigor y elegancia nativos; ni Caro se empeñó con extremado tino en dar nobles ejemplos de cómo se enmienda el habla común y de cómo se ordenan los fueros de sus libertades; ni Cuervo se desveló periódicamente para llevar al colmo la exactitud y atildadura de sus apuntaciones sobre el lenguaje bogotano; ni Suárez se distrajo averiguando en rancios y remotísimos autores el origen y empleo de muchas voces y locuciones ordinarias o plebeyas, por el mero placer de reprochar vocablos o por la muy poco loable afición a multiplicar estorbos y a llover pragmáticas sobre las vías francas y desembarazadas que reclama la idea. Nó: ninguno de estos graves autores, ya consagrados para siempre, ninguno de los que con alto nombre y ejecutorias de admirable literatura los han seguido o acompañado en la tarea de asear el vocabulario y de templar la sintaxis, ninguno fue dechado del ingenio minúsculo que se deleita en afiligranar parvedades y menudencias enojosas. Todo lo contrario: Garcés fue un maestro que sacrificó su propia obra en aras de la refulgencia del idioma; Caro no desdeñó atajar el raudal de sus lucubraciones imperiales para entender en menesteres de gramática "parda"; Cuervo estimaba por muy adecuado a su ingenio aquilino el interrumpir sus pláticas filológicas con sabios de universal renombre, para ilustrar cuestiones de esas que suelen tratarse en los bancos de la escuela a los comienzos del trivio; a Suárez, en fin, el de los mil y un sueños, que en intención e inventiva puede rivalizar con Sherezada, la de las mil y una noches, a Suárez como que se le olvidaban sus prolijos discursos dialogados, archivo inagotable de historia y de noticias, para entretenerse doctamente en averiguar la vida y aventuras de un nombre, de una locución, de un idiotismo.

Todos ellos entendían hondamente eso mismo que nos ha dicho aquí el señor Bonilla; estimaban —en otros términos— la palabra y sus leyes, no como instrumento vulgar y rudo, de esos que pueden utilizarse de cualquiera manera y cumplen su destino al modo que lo cumplen las herramientas primitivas que sirven para todo; la estimaban por lo que es, y en lo que vale, "como vínculo inmaterial que aprieta poderosamente las almas, y que nos es tan caro como el lazo divino de las afecciones, por cuanto es vehículo de las

Universidad del Rosario | Archivo Histórico

ideas y sentimientos; que de generación en generación va, cual un hilo de luz, prendiendo en red sutilísima el enjambre de alegrías y dolores, de tradiciones y recuerdos individuales y colectivos que constituyen nuestra vida".

Que si la palabra y su trabazón realizan puntualmente esta magia, ¿a quién ha de sorprender que merezca un culto exquisito, y que al emplearla se agoten las delicadezas y comedimientos? Esto sin contar con que la palabra, como encarnación o reverberación musical que es de las ideas, reclama para sí respeto y destreza proporcionados o análogos a la técnica y finura con que se ha de prosperar el pensamiento. Sabido es, asimismo, que las leyes del lenguaje parten límites con la lógica eterna de la inteligencia; por todo lo cual decía fray Luis, el de León: "¡Miraos muy bien antes de hablar, porque el hablar nasce del entender; y las palabras no son sino como imágenes y señales de lo que el ánimo concibe en sí mismo!"

¡Ah!.... y no olvidemos que la vida intelectual y afectiva de un pueblo, sus agitaciones y desenvolvimiento, sus ensanches y sus esperanzas, ni más ni menos que sus crisis y congojas, deben guardar un ritmo permanente con su lenguaje y espejarse en él para que no falte constancia de su itinerario histórico, que ojalá vaya derechamente a las alturas. ¿No vemos acaso cómo esa vida y ese lenguaje, por ley intrínseca aun cuando no siempre bien interpretada, se adunan y compenetran más? Cada día va la vida llenándose de más variadas impresiones para el alma y el cuerpo, que las solicitan y obtienen, cual si se hubieran descubierto en él nuevos sentidos, nuevas potencias en ella. Y a medida que se multiplican y aprietan las ataduras y relaciones entre alma y cuerpo, espíritu y materia, y se descogen campos nuevos a sus actividades, debieran ceñirse a intimar los vínculos que Dios quiso que existieran entre individuos y pueblos para juntarlos de acuerdo con una norma superior de comprensión y de justicia.

Algo diera yo en estos instantes por tener una mediana habilidad y servirme de ella para esbozar ante vosotros los múltiples aportes que acelerada y torrencialmente descargan en los profundos cauces del lenguaje, las apresuradas

invenciones humanas, las mudanzas del arte, las sorpresas de la economía, y los otrora inconcebibles estados de ánimo que van siendo acarreados por la novedad de los espectáculos a que asistimos. "Palabras.... palabras...." decía Hamlet refiriéndose despectiva e irónicamente al vacuo esplendor de muchas expresiones, que cuando no son disfraz mentiroso de contrarios sentimientos, son ornato deleitable que disimula el yermo de las almas "en cuyo fondo asustan". "¡Palabras... palabras!...." diría hoy también el príncipe sin ventura, pensando en el valor prodigioso que encentran estas otras, significativas de energías que trasladan el cuerpo, los intereses y el pensamiento con priesa frenética a porción de lugares enantes inaccesibles. Y pensaría también en aquellas otras palabras que traducen sistemas que desconciertan las antiguas marcas sociales, aumentan los círculos de actividad y establecen comunicaciones entre ellos; o en esotras que denuncian cómo se ha multiplicado nuestra existencia permitiéndonos vivir en más partes que antaño, llevando la visión a escenas en que alternan la resurrección de lo que fue, la insondable complicación de lo que es, y la pura y emblemática fantasía que nunca ha dejado ni dejará de ser. "¡Palabras.... palabras!...." diría Hamlet añadiendo a la suma de sus perplejidades, ésta de no acabar de comprender cómo las ciencias y sus aplicaciones se han desenvuelto a punto de que ahora tienen que sernos familiares términos que sólo conocían los sabios, y aun eso sin acertar a desentrañarlos; términos que merced a la voz irradiante o al lingote gráfico echan raíces, adquieren consistencia y se granjean una sanción de que primero carecían. "¡Palabras... palabras!...." repetiría hoy Hamlet, despavorido ante lo que recatan las que usamos y lo poco que en su comparación significaban esas burlescas o enigmáticas, tristes o inconexas que solía murmurar por allá en los salones de Elsinor... ¡Hamlet, Hamlet..., príncipe sombrío, espíritu medroso, de juventud descarnada, ojos febriles, dedos fuselados, justillo negro, estoque buído!... no digas: "palabras!..." porque día llegará en que ya no serán mero recurso cortesano que despista, engaña y disimula donosamente, serán en cambio el signo de una edad en que de un sol a otro sol todo se mu-

Universidad del Rosario | Archivo Histórico

da, y en que la previsión, estímulo del hombre así en lo grande como en lo pequeño, se hace absurda; serán rabiosas o desesperadas mensajeras de ruinas cuya vastedad empareja con la de las ciudades más opulentas; serán cifra de los improperios que se desatan en torno a las civilizaciones que se destroncan y hunden; serán eco de la disonancia horrenda y maldecida en que se resuelven el gemir de los inocentes, la dispersión de la mocedad por campos y cielos de dolor y de muerte, y el consumirse y lamentar de los pueblos enhambrecidos... "¡Palabras... palabras!"; no lo digas más, Hamlet, espectro de ti mismo, fantasma domiciliado en todo corazón; no lo digas, porque amanecerá un día en que para entender el incalculable valor de la palabra, tendremos que pasar por el averno de una contienda universal cuyos orígenes están calificados por la mancilla de la infidelidad a la palabra!....

Creed, señores, que no es paradójico sino muy posible que quien se avecina a las reconditeces del verbo humano, como se allegó Juan el de Patmos, en un orden infinitamente superior, a los misterios del Verbo Esencial, regrese de allá con el ánimo atentísimo a justipreciar y compasar estos vocablos en que el pensamiento y la emoción se hacen sonido y escritura. La veneración que lo uno les merece, tiene que alcanzar a lo otro, y si me fuese lícito alterar una frase consagrada, me atrevería a decir que quien ha oído la celeste armonía de las ideas está obligado a armonizar con ella la humana música de las palabras. Así santa Teresa, con tánto amor citada en el discurso que hemos oído, cuidaba de los más serviles ministerios de su convento como si en ellos reverberara la belleza trascendental que la agobiaba en sus visiones; así san Juan de la Cruz ponía manos amorosamente sutiles en las observancias monásticas de más reconocida bajeza, porque la lumbre de la Luz Increada se las podían trasfigurar en un instante "dejándolas vestidas de hermosura".

Por un proceso análogo, me imagino que el prosista y el poeta, hechos a vivir en las cimas de la inteligencia estética, cabalmente porque sienten y entienden la inapreciable alteza de los conceptos, tienen que afanarse dentorno a la palabra que debe expresarlos. Con ser asunto de diccionario y de gramática, sometido a reglas y observancias, a primera vista fastidiosas y no desemejantes a las que presiden la ruin monotonía del oficio doméstico, la palabra no puede tratarse con desdén, ni ser usada con descuido, no tolera familiaridad villana y arroja de sí cualquier linaje de confusión o mezcla que la desmejore o empobrezca. Y si el pintor no es indiferente a la calidad de los colores con que da cuerpo a sus contemplaciones y las traduce y perpetúa, si el lapidario orfebre pone tánto celo en que el encaje y la montura del diamante correspondan al centellear inquieto de la gema, y si el otro artista no se conforma con que los cantos que logró aprisionar en las honduras del espíritu sean interpretados por una voz cascada y sin frescura, ¿cómo ha de pretenderse que la palabra, que es a un mismo tiempo retrato, engaste y órgano de la idea, no sea objeto primordial de los más finos escrúpulos del literato y de un perpetuo recelar de sus quilates?

Apresurémonos a recordar aquí que este anhelo de proporción entre el pensamiento y la palabra, por una parte justifica y canoniza los desvelos y estudios, tántas veces desestimados, de los correctores y críticos del lenguaje, y por otra parte impide el estancamiento intolerable del idioma, le da mate al clasicismo de trampantojo, rompe con la tiranía que acaso pueda ensayarse en el nombre exclusivo de una escuela o tendencia favorecidos por el buen suceso, y crea, finalmente, para los autores que quieren serlo de verdad, la obligación de renovarse a la continua.

De primera instancia hay aparente contradicción entre estas cuatro cosas y el ejercicio de la censura, depuradora del idioma; pero en realidad las exigencias de esta censura son tan indispensables al atavío y pulcra variedad del lenguaje, como la rigidez de los cánones arquitectónicos lo es a la despejada y airosa galanura que de diversos modos puede ostentarse en una fábrica.

Yo entiendo sin dificultad que no todas las épocas históricas sean igualmente propicias al multiplicarse de las ideas. Hay tiempos en que ellas, aun siendo capitales, se mantienen dentro de una universalidad abstracta que así como las aparta y segrega del uso, comercio y comunicación populares,

Universidad del Rosario | Archivo Histórico

también las deja, por falta de aplicación a lo concreto, como arrebozadas en nieblas de majestuosa vaguedad allá en la mente de los pocos entendidos que las frecuentan y dilucidan. Son éstas las llamadas "edades de hierro", épocas o siglos que han dado fácil materia al menosprecio y al sarcasmo, porque no se advirtió que a esas horas faltaban por completo los instrumentos, la experiencia, los medios de difundir la enseñaza, y el ambiente de cultura que trabajosamente, y sólo al cabo de muchísimos años, pudieron acumular la industria y la diligencia humanas. Cúlpase, pues, a la universalidad abstracta que predominó en el medioevo, de que las ciencias experimentales y de observación directa brillaran por su ausencia o se redujeran a conatos, o estériles, o supersticiosos, o ridículos; y tal vez sería más exacto decir que precisamente porque no eran posibles las pesquisas, exploraciones y tanteos del mundo físico y visible, aquella universalidad abstracta no tuvo en qué cebar su indiscutible penetración y sutileza, se reconcentró en sí misma, a veces degeneró en formulismo, y hubo que aguardar centurias para que aparecieran los ingenios capaces de mostrar los primores y descubrimientos que surgen del consorcio de lo universal y lo concreto, de la deducción y la inducción.

¿Qué tiene que ver esto con el lenguaje y la palabra? Nada menos que constituir una demostración de eso que dije acerca de la ley de consonancia entre la idea y la palabra. Donde las ideas fueron patrimonio de pocos y sumamente abstractas, el lenguaje se encogió, ignoró los matices, descoyuntó la frase, se hizo seco y adusto y desabrido, y concluyó por enamorarse perdidamente, no de la palabra que es vida, sentimiento, pasión, imagen; presagio, impulso, rapto, sino de la palabra que es fórmula, jeroglífico sonoro, mnemotecnia de lo invisible y abracadabra de lo ignoto.

Y lo que más llama la atención y acaba de corroborar mi aserto de que a mayor riqueza, variedad y dominio de la idea, a mayor poderío suyo para informar la existencia común y unimismarse con ella, debe corresponder mayor empeño en puntualizar el uso y normas de la palabra, es el hecho de que en esos tiempos de ideas seguramente inmensas pero muy ignoradas de los hombres, fueron escasísimos los gramáticos,

y todavía más raros los filólogos y los amigos de aquilatar el léxico y la sintaxis. Cundieron, pues, a mansalva y sin duelo los más hórridos barbarismos, y si la labor filosófica y deductiva, merced a su intrínseca y perdurable solidez, salió sin mengua de tamaña anarquía lingüística, la literatura propiamente dicha llegó a ser portento tan único y solitario como el "latín místico" que cautivó y sedujo a Remy de Gourmont.

Cuando a un país bien abastado en minas y criaderos de metales no le ha llegado la sazón y oportunidad de explotarlos, todo el mundo se hará lenguas de las riquezas naturales que posee, algunos se beneficiarán con los esquilmos y migajas que logran rutinaria y desatentadamente, pero ¿quién hay que se ponga a estudiar los términos, voces, leyes y tradiciones de la minería?.... A eso se llega, no obstante, y con extremada minucia, con precisión jurídica, con severidad exegética, apenas comienza el laboreo formal de las minas y van sus productos a engrosar la economía pública y privada. De esta misma suerte —y ese fue el caso de los siglos medioevales— cuando las ideas se quedan en el espíritu de unos pocos y no es hacedero que salgan de ahí a juntarse con el hervor de la vida para trasformarlo y responder a sus necesidades, no hay quien se dedique a clarificar palabras ni a bruñir giros y locuciones. Pero basta que apunte y se inicie esta concordia fecunda, para que luego se haga sentir la necesidad de descubrir y valorar las ocultas virtudes que entrañan las palabras y su alianza sintáctica. No es otra la preclara misión de los maestros gramáticos, que de seguro no estaban ausentes del espíritu de Horacio cuando prenunciaba en el "Arte Poética" las mareas de renacimiento y decadencia que sucesivamente esclarecen y conturban los piélagos del lenguaje.

Porque el uso, preconizado allí como árbitro y norma del hablar, tiene más de una semejanza con la costumbre, reveladora de la naturaleza, que los jurisperitos ponen como fuente del derecho. Y así como ésta no se confunde con cualquiera manera de repetición de actos o de rutina ciega, así aquella usanza no se identifica con las corruptelas inve-

Universidad del Rosario | Archivo Histórico

teradas ni con las invenciones peregrinas que en ocasiones se amparan con el hábito o se favorecen de la moda.

De que se sigue ser indispensable que haya quien discierna sobre la legitimidad de los usos en materia de lenguaje, como hay quien determina las condiciones que hacen racional, aceptable y valedera la costumbre en materia de derecho. Y aquel discernimiento, ¿a quién ha de de atribuírsele de juro si no es al maestro gramático?

No hay dos épocas en que las modalidades de una lengua sean idénticas o dejen de retratar las mutaciones del pensar y del sentir, y de ahí nace una sorprendente variedad en los usos idiomáticos. A los siglos dorados corresponde unas veces la concisión, otras la arrogancia, aquí el estilo lacónico que apura e intensifica las energías verbales, allí el frasear caudaloso que —digámoslo así— viste las ideas con profusión de pliegues mayestáticos. Si ello coincide siempre con las épocas de asentamiento político, de ensanche económico y de pujanza reconocida, es cuestión dificultosa que zanjarán los entendidos. Más notorio se me hace el hecho de que a estos períodos afortunados suceden de ordinario otros en que las gentes se enamoran de la preciosidad de la expresión en tánto grado, que el concepto pierde categoría, deja de valer por sí mismo, y, aun siendo trivial y adocenado, se arrea y adorna con mil suertes de galanuras y sonoridades que lisonjean el oído y entretienen los gustos complicados. Nace entonces el culteranismo, y por muchas diatribas que le vengan encima, nadie negará que ha sido poderoso a revelar ignotas virtualidades de la lengua, que al cabo fueron sancionadas por el uso.

Uso que tampoco fue esquivo ni lerdo al prohijar ciertas innovaciones y atrevimientos de que se hizo responsable el romanticismo cuando desvió los ojos de las simples realidades exteriores y los fijó, con sobra de complacencia, en el panorama subjetivo donde gallardea el sentimiento y florece la emoción con tánto desmayo o con tánta bravura, que las ideas directrices y las razones esenciales, como las "blancas parásitas" de Valencia, quedaron oscilando "sobre las negras fauces del abismo".

Por reacción muy explicable sobrevinieron luego diversas escuelas naturalistas, amarteladas de la observación directa, y atentas, sobre todo, a explorar, cuando con crudeza, cuándo con saña y cuándo con donaire, las lacerias y menoscabos que deterioran o afligen las vidas humanas. Pintaron sin rebozo ni aliño las mayores desolaciones y tragedias, peregrinaron por atajos de amargura enantes desdeñados o rehuídos, y pusieron la mira en descubrir los resabios y flaquezas abscónditos, las desviaciones imperceptibles que suelen ser simiente aciaga de infelicidad. Y también aquí el uso consagró buena porción de hallazgos, con patente beneficio para el idioma y con notable cordura. Porque del naturalismo sano y de ley cabe decir que, trabajando con materiales muy abatidos, logró hacer obra de arte excelente. No fueron tan venturosos los viejos alquimistas que se agotaron en pos de la fórmula que les permitiera trasmutar la opacidad de los metales bajos en la fulguración del oro codiciado.

Definir ahora las características del idioma en nuestros días o adivinar su porvenir, no es empresa que pueda yo comenzar. Pero quizás no me aventure malamente al suponer que este nuestro idioma obedece hoy a dos impulsos encontrados que ojalá puedan armonizarse mañana. Uno es el de la sensibilidad múltiple y sutil que tiende a fundirse con el sér intimo y secreto de las cosas; otro es el de la inteligencia vigilante que se rehace de continuo para esparcir claridades trascendentales y sugestiones de lo arcano sobre la notación particularísima de lo concreto. Mas la junta y acorde de estos dos impulsos aún está por hacer, y sometida a entrambos, vive hoy la palabra bajo un signo de angustia. Y angustia es —como decía un autor oscurísimo —"el choque de las sensibilidades que no comprenden".

Ignoro también lo que el uso podrá recoger y sancionar en esta época. Pero sea rica o escasa la cosecha, sean dilatados o breves los incrementos del lenguaje, no perderá su nobleza como lo asistan los poderes que en todo tiempo lo salvaron.

Y un estudiante que vio por casualidad estas líneas, concluyó: "Ya que siempre se ha hablado de la república de

Universidad del Rosario | Archivo Histórico

las letras, convengamos en que si el uso es el poder legislativo que la rige, los maestros gramáticos y retóricos tienen que ser los depositarios naturales de la potestad ejecutiva".

Señor Bonilla:

Habéis visto cómo no he podido hacer a vuestro discurso magistral una glosa apropiada; menos podría atreverme a ponderar los méritos que habéis acumulado como poeta, como crítico y como orientador de la mocedad por los campos vastísimos de la literatura. No tocar con ello es un homenaje a vuestro superior entendimiento, y una confesión llana y sincera de mi inhabilidad. Dejadme añadir que bajo de este silencio se recata asimismo un tributo de personal estima que sólo con palabras del árabe Khalil puedo ofreceros. Porque a vos, señor, os he contado siempre entre los elegidos para quienes la belleza no es el canto que se desea escuchar ni la imagen que se ambiciona descubrir, es, más bien, la imagen que persiste abrumadora y espléndida cuando los ojos se entornan, y es el canto que recrea y embelesa cuando todo rumor es desoído.

JOSE VICENTE CASTRO SILVA

Universidad del Rosario | Archivo Histórico